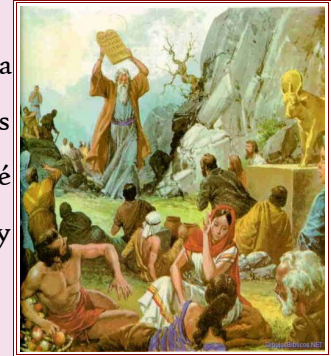


LA CUESTIÓN DE LAS IMÁGENES EN LA IGLESIA CATÓLICA

En la historia del cristianismo, ha surgido en ocasiones el problema del culto a las imágenes, así, diversas ramas del cristianismo, como el protestantismo, las rechazan porque alegan que está prohibido por la Ley de Dios.

Para poder dar una respuesta a este hecho, debemos remitirnos a la Biblia. Cuenta el libro del Éxodo que cuando Moisés llegó a los pies del monte Sinaí tras conducir por el desierto al pueblo de Israel, Yahvé se le presentó en medio de truenos, relámpagos, temblor de tierra y densas nubes y le entregó los diez mandamientos (Éx. 20).



Si seguimos la lectura de los diez mandamientos, en el segundo dice: “No te harás escultura ni imagen alguna de nada de lo que hay arriba en el cielo o aquí abajo en la tierra. No te postrarás ante ellas ni les darás culto, porque yo, el Señor tu Dios, soy un Dios celoso” (Éx. 20, 4-5).

Este hecho se lo repite en otras ocasiones al pueblo de Israel, por ejemplo en el Levítico encontramos otra cita en la que se dice: “No os hagáis ídolos, ni estatuas, ni estelas conmemorativas, ni pongáis en vuestra tierra piedras esculpidas para postraros ante ellas” (Lv. 26,1) o en el Deuteronomio: “No os pervirtáis haciéndoos imágenes de cualquier forma que sea: imagen de hombre o mujer, de animal de la tierra, o de pájaro que vuela en el cielo, de reptiles que se arrastra por el suelo, ni de peces que hay en las aguas debajo de la tierra” (Dt. 4, 16-18) y se completa con una maldición: “Maldito el hombre que haga un ídolo tallado o fundido, cosa odiosa al Señor, , obra de artífice y lo guarde en lugar oculto” (Dt. 27, 15)

Siguiendo este precepto, muchas iglesias cristianas rechazan el culto a las imágenes y critican a quienes las usan.



A pesar de estas disposiciones, el pueblo de Israel continuó haciendo uso de imágenes, pues varios pasajes bíblicos las muestran, incluso en algún caso, Dios mismo ordenó la construcción de imágenes sagradas. Por ejemplo, el arca de la alianza, cofre sagrado donde se guardaban las Tablas de la Ley y ordenó que, a cada lado, se pusiera la imagen de oro de un querubín (Éx. 25,18). O también el candelabro de siete brazos que se colocó en el interior de la Tienda Sagrada tenía

grabadas flores de almendro (Éx. 25, 33). Sin embargo, encontramos que estas ideas eran parte de Dios, pues señala que había llenado del Espíritu al artista Betsabel para que las llevara a cabo (Éx. 31, 1-5).

Podemos encontrar más pasajes en los que se muestra la existencia de imágenes en el pueblo de Israel como el mismo Rey David que tenía en su casa imágenes divinas (1 Sam. 19, 11-16) o el propio Templo de Jerusalén construido por Salomón parece que estaba lleno de representaciones y esculturas, comenzando por la cámara más sagrada, el Santo de los Santos donde dos inmensos querubines esculpidos en madera finísima, se erigían junto al arca de la alianza (1 Re 6, 23) y en su interior se encontraban también imágenes de más querubines, palmeras y adornos vegetales (1 Re 6, 29). Los capiteles de las columnas del templo tenían forma de azucenas, los recipientes para las abluciones tenían forma de leones, bueyes y querubines (1 Re 7, 19-29). Todo con el consentimiento del propio Dios.



A pesar de aquel segundo mandamiento, no encontramos en el Antiguo Testamento a ningún profeta que condene las imágenes y eso que ellos eran los que alzaban la voz ante cualquier pecado del pueblo, que no permitían que se desviase y aún así, guardaron silencio en este tema. Ni Elías, ni Eliseo, ni Amós hablaron en contra de las imágenes.

¿Qué ocurre entonces con la prohibición? Aunque la Biblia no lo diga expresamente, podemos conocer el significado de esta supuesta prohibición por los conocimientos que se tienen del ambiente religioso antiguo.

Todos los pueblos que estaban en contacto con Israel, consideraban que la imagen no era un símbolo de la divinidad, sino que la propia divinidad habitaba allí de manera real, era por tanto, el mismo dios representado. Cuando alguien hacía una imagen, el mismo dios debía habitarla. Se comprende entonces, que caer en un concepto mágico de la divinidad, era tener los poderes del dios a su disposición, ejercer dominio sobre él, manejarlo y hacerlo a la medida humana.

Esta situación ponía en peligro la identidad de Yahvéh, pues Él se manifiesta libre, por encima de sus criaturas y dirigiendo el curso de la historia según su parecer. Durante algún

tiempo, el pueblo de Israel así lo vió pero en torno al s. VIII a.C., empezó a caer en la tentación y entonces los profetas hablaron.

Oseas denunció los sacrificios que ofrecía el pueblo a divinidades extranjeras para así obtener sus favores. Más tarde, Isaías ridiculizó su culto mágico. Jeremías y Ezequiel, en el s. VII a.C. censuran hasta el menor símbolo de divinidad para que no creyeran que así podrían manejarla. Aún no estaban preparados para que el hombre adorase a Dios en figura humana.

Con el paso del tiempo, el hombre fue dándose más al ambiente racional y filosófico de los griegos, por lo que en cierta medida perdió la idea fetichista del culto de las imágenes. Por otro lado, Israel fue comprendiendo que Yahvé era el único Dios de todas las naciones y cualquier culto estaba sólo destinado a Él, por lo que el peligro de creer en dioses paganos desapareció.



Llegamos entonces a otra etapa más madura de la humanidad, la Nueva Alianza, el nacimiento de Jesús. Dios mismo se hace hombre. Mediante una figura humana, la de Cristo, Dios se hace presente a los hombres para que lo vean, lo oigan, lo sientan, lo toquen...

El mismo San Pablo, que había vivido la antigua ley, comprende muy bien la nueva disposición, al hablar de “Cristo, la imagen de Dios” (2 Cor 4,4) y en un hermoso himno, canta que Cristo es la “imagen del Dios invisible” (Col 1, 15).

Jesús hablando un día con el apóstol Felipe, le había anticipado: “el que me ve a mí, ve al Padre” (Jn 14,8)

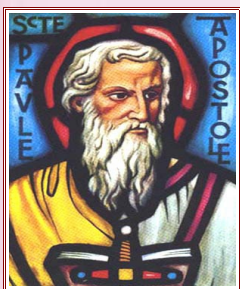
Es por tanto Dios mismo el que ha elegido hacerse hombre y mostrarse é quienes somos entonces nosotros para prohibir representarlo?

El mandamiento en el Antiguo Testamento tenía una función pedagógica y temporal, pero pasado el tiempo y llegado a la madurez del hombre, los cristianos entendieron que el peligro de confundir a Dios ya había pasado, por eso comenzaron a hacer imágenes de Cristo y a representar escenas de su vida, ya que ayudaban al pueblo a acercarse a Dios y sustentaban la oración.

Incluso el propio Lutero no fue tan intransigente y en una carta fechada en 1528 llegó a afirmar: “Considero que lo referente a las imágenes, símbolos y vestiduras litúrgicas...y cosas semejantes, se deje a libre elección. Quien no los quiere que los deje de lado. Aunque las imágenes inspiradas en la Escritura o en historias edificantes, me parecen muy útiles”. Y en otro pasaje afirmaba que las imágenes eran “el evangelio de los pobres”.

Lutero entendió lo que otros protestantes no quisieron entender, que no se trata de adorar a una imagen, sino adorar a Dios mediante el estímulo que la imagen puede darnos.

Cuando Dios tomó forma humana en Jesús, mostró el carácter temporal del mandamiento y la utilidad de las representaciones para la catequesis y la oración. Es cierto que hay que evitar la superstición y la idolatría, pero hay una imagen que no podemos dejar de fabricar: la imagen de Cristo en nosotros, pues cada cosa que hagamos en este mundo va cincelandó la imagen de Jesucristo en nuestras vidas.



Como señaló San Pablo: “Dios los eligió primero y los destinó a reproducir la imagen de Cristo en sus propias vidas” (Rom 8,29)